

Las mujeres en *María*

Cristina E. Valcke

Resumen

María presenta un variado panorama femenino, mujeres de distinta raza y condición socioeconómica habitan el mundo creado por Jorge Isaacs. Esta diversidad en la ficción hace eco de la que existía en el mundo real: las funciones sociales que cumplen los personajes femeninos en la novela son próximas a algunas de las que desempeñaron las mujeres del Gran Cauca. A propósito del tema, he elegido algunos personajes para señalar los nexos entre ficción y realidad y descubrir las tensiones que refleja la novela entre la experiencia de vida de las mujeres y el ideal patriarcal del *eterno femenino*.

Abstract

María presents a varied feminine panorama. Women of different races and socioeconomic conditions inhabit the world created by Jorge Isaacs. This diversity in the fiction creates an echo of what existed in the real world: such that the social functions which the female characters perform in the novel are close to some of those performed by the women of the Gran Cauca. Advancing this theme, some characters have been chosen to show the connections between fiction and reality and discover the tensions that the novel reflects between the experiences in the lives of the women and the patriarchal ideal of the *eternal feminine*.

Resumo

Maria apresenta um variado panorama feminino. Mulheres de diferentes raças e condições socio-econômicas habitam o mundo criado por Jorge Isaacs. Esta diversidade na ficção faz eco a que existia no mundo real: assim como as funções sociais que cumprem os personagens femininos no romance também são próximas a alguns papéis que desempenharam as mulheres do Grande Cauca. A propósito do tema, elegemos alguns personagens para mostrar os nexos entre ficção e realidade e descobrir as tensões que reflete o romance entre a experiência de vida das mulheres e o ideal patriarcal do *eterno feminino*.

Palabras clave

Jorge Isaacs

María

Literatura siglo XIX

Keywords

Jorge Isaacs

María

Century XIX literature

Palavras clave

Jorge Isaacs

María

Literatura siglo XIX

Introducción

Para alguien oriundo del Valle del Cauca, leer *María* hoy, después de más de un siglo de su creación, es enfrentarse a una experiencia ambigua; por un lado surge el extrañamiento respecto de un universo geográfico y social¹ que, a pesar de coincidir en algunos aspectos, aparece muy distinto del contemporáneo y, por el otro, despierta en el lector o la lectora, la sensación de reencuentro con un pasado que ayuda a explicar muchas de las condiciones actuales del país y de la región.

María de Jorge Isaacs, no es, ni pretende serlo, una novela histórica en el sentido estricto del término. Sin embargo, al enmarcar la ficción en

¹ Lo político es eludido de la trama, aunque algunas pequeñas fisuras puedan acaso dejarlo vislumbrar.

un espacio geográfico definido y, además, en un tiempo preciso,² es de esperarse que algunos referentes pertenezcan de hecho a nuestra historia. El autor refleja costumbres propias del momento y, ante todo, expresa el imaginario de una época sujeta a grandes tensiones. Si bien las guerras civiles que azotaron nuestra patria durante el siglo XIX son eludidas en la narración, sí están presentes, aunque muchas veces velados, los conflictos de género, raza y clase social.

Desde los años que recrea la ficción hasta el tiempo real de la publicación de la novela, se libraron muchos debates de gran importancia; algunos de estos estuvieron acompañados de reformas inmediatas, pero otros debieron esperar algún tiempo más para que se produjeran transformaciones. Entre los temas debatidos figuran la abolición de la esclavitud, la separación de la Iglesia y el Estado, el federalismo, la democracia y la educación. En síntesis, la pelea se dio entre quienes predicaban las ideas de conservación de un antiguo orden y aquellos que propendían por un mundo moderno más democrático. Pero nos equivocamos si pensamos que el debate fue meramente ideológico, en primer lugar porque los planteamientos surgían a raíz de prácticas de vida conflictivas, que generaban descontento en amplios sectores de la población y, en segundo, porque, como bien sabemos, no pocas veces los enfrentamientos se resolvieron en el campo de batalla.

Los libros de historia, generalmente narran acontecimientos heroicos en los que casi nunca aparecen mujeres y solemos pensar que, relegadas a un segundo plano, nuestras antecesoras observaron pasar la vida sin tener ninguna injerencia en ella, pero, afortunadamente, cada vez más los estudios históricos están volviendo su mirada sobre aquellos y aquellas que hasta ahora han sido ignorados, sobre *la historia de los seres sin historia*, como ha dicho el cubano Juan Pérez de la Riva.³ Hoy, son varias las investigaciones acerca de la vida cotidiana de otras épocas y gracias a esto podemos saber que en la Colombia del siglo XIX, las

² Donald McGrady en su edición crítica de *María*, publicada en 1986, dice que, a pesar de las constantes alusiones temporales presentes en la novela, existen muchas contradicciones en la construcción de su cronología. No obstante, señala que el idilio de Efraín y María puede fecharse de manera aproximada en los años 50 del siglo XIX.

³ Frase citada por Malcolm Deas en su ensayo "La política en la vida cotidiana", en: Castro, Beatriz (compiladora), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Bogotá: Norma, 1996, p. 271.

mujeres acompañaban como voluntarias a los soldados en las guerras; administraban los bienes durante las frecuentes ausencias de los maridos; trabajaban en tiendas y pulperías; participaban en política, sobre todo en el papel de espías; atendían las faenas del campo; ejercían muchas veces de curanderas; etc.

Nuestra novela ofrece un interesante abanico femenino: blancas y ricas, blancas pertenecientes a familias de colonos, mestizas, esclavas, manumisas... En el siglo XIX, igual que en todos, no puede hablarse de la mujer como unidad, debemos entender que existen diversas formas de asumir la experiencia femenina, las cuales dependen en gran medida de la raza y la clase social a la que se pertenezca. Jorge Isaacs plantea rasgos comunes en las mujeres de su obra pero también deja sentir algunas diferencias; como ejemplo inicial baste mirar a la madre de Efraín en relación con la madre de Salomé para comprender que aunque ambas cumplen una función materna no desempeñan el mismo rol social y, por lo tanto, viven su género de manera distinta.

Isaacs bautiza su novela con un nombre de mujer, *María*, el título nos hace pensar que la obra ahonda en el universo femenino de este personaje, sin embargo, algunas interpretaciones juzgan a la adolescente coprotagonista como una imagen borrosa de mujer,⁴ una mujer que al ser narrada desde una óptica patriarcal obedece, sin más, a los ideales hegemónicos, pero otras, aunque no desmienten la sujeción de María al patriarcado, perciben en ella la experiencia del conflicto entre sus deseos y la realidad. Lo cierto es que María representa mucho más que: "...la virgen caucana a la sombra de cuya inocencia edificamos nuestros primeros sueños. La bienamada, la bien llorada, la que abrió en nuestro corazón la fuente inagotable de la nostalgia..." (Martínez, 1954: 19).

Para hilar fino en el análisis de la configuración de este personaje, es necesario observar las claves sociales que el autor entrega. María es extranjera, huérfana, conversa, recogida, no se pueden pasar por alto todos estos datos que acentúan su condición de marginalidad y que permiten comprender mejor a la mujer que ella simboliza.

⁴ Son ejemplos de esta interpretación, la introducción que Donald McGrady hace en su edición de *María* o el ensayo de Lynette Seator, titulado "Un best seller colombiano", en: Palma, Milagros (compiladora), *La mujer en el imaginario mítico-religioso de las sociedades indias y mestizas*, Quito: Abya-Yala, 1993.

En el presente trabajo me he propuesto analizar la representación de algunas de las mujeres en *María*. Mi interés es observar la tensión que ofrece la novela en la construcción de los personajes femeninos; advierto de entrada que ésta oscila entre el ideal patriarcal del eterno femenino presente en el imaginario de la época y el reflejo de una cotidianidad de carácter más mundana, acorde a las condiciones reales de raza y clase social. No obstante, encontrar documentos que desarrollen el asunto de la división sexual del trabajo en Colombia, más concretamente en la región caucana, durante el siglo XIX y que profundicen en las distinciones de raza y de clase social, ha sido una tarea difícil. La mayoría del material hallado, toca el tema de manera tangencial y se apoya en una bibliografía de poca circulación. No obstante, obras como *Mujeres caucanas y sociedad republicana*, *Historia de la vida cotidiana en Colombia* y algunas otras, ofrecen elementos que me permiten hacer una primera aproximación a las mujeres en *María*.⁵ El primer paso es identificar las

Personajes femeninos	Condición social
María	Blanca, huérfana, extranjera.
La madre de Efraín, Emma, Eloísa.	Blancas, ricas, hacendadas.
Hortensia, prima de Carlos.	Blanca bachillera.
Remigia y otras esclavas.	Esclavas.
Marta, cocinera de la casa de Luisa y José. Benita, cocinera de la casa de Custodio y Candelaria. Marcelina, planchadora de la casa de la Sierra. Estefana.	¿Sirvientas o esclavas?
Feliciana/ Nay. Madre de Nay.	Negras africanas.
Gabriela.	Mestiza cartagenera.
Rufina, novia de Laureán, y Mariugenia, pareja de baile de Gregorio.	Manumisas.
Luisa, Lucía, Tránsito.	Blancas, colonas antioqueñas.
Matilde, Micaelina.	Capitalinas.
Andrea e hijas.	Blancas, ¿colonas sureñas?
Candelaria, Salomé, Zoila.	Mestizas.
Dominga.	Bruja.

⁵ Las citas y notas de la novela serán tomadas de: Isaacs, Jorge, *María*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá: Universidad Externado de Colombia y Universidad del Valle, 2005.

distintas mujeres que la obra presenta y tratar de agruparlas de acuerdo a su condición social:

En la clasificación he dejado algunas mujeres solas o bien porque no responden a características de grupo, o bien porque algunas señas particulares hacen que se distinguan de él. Es importante aclarar que algunas de las mujeres apenas son mencionadas en la obra y que mi trabajo de investigación, del cual sólo presentaré un avance, se centra en las que ostentan mayor desarrollo.

Por cuestiones prácticas, he elegido para empezar el primer grupo: blancas, ricas, hacendadas, con una breve alusión a Hortensia, la prima bachillera. También abordaré a María. En un futuro aspiro a dirigir la mirada sobre las negras africanas, las colonas antioqueñas y las mestizas.

Blancas, ricas, hacendadas...

Hablar de la vida rural granadina o colombiana en el siglo XIX es, prácticamente, nombrar de golpe la realidad entera de nuestro país decimonónico. Cierto es que por entonces ya se hablaba de ciudades pero la mayoría no pasaban de la condición de aldeas, por demás muy próximas al mundo agrario. Aunque, no por esto podemos pensar que las costumbres en el campo y en las pequeñas ciudades eran siempre las mismas. Verbigracia, en la importante Popayán, las familias de la elite se esmeraban por vivir a la inglesa mientras que los habitantes de los villorrios que se alejaban de la capital del Cauca,⁶ al igual que las familias de las haciendas, no perseguían este ideal. Claro que pertenecer a la raza blanca, tener riqueza, poseer grandes haciendas, muchas veces estaba acompañado de la tenencia de propiedades en la ciudad y por lo tanto podía gozarse de cierto movimiento entre una y otra vivienda, con lo cual las diferencias entre costumbres citadinas y rurales tendían a disolverse. Blancas, ricas, hacendadas son la madre de Efraín y las dos hermanas, Emma y Eloísa. La última tan sólo es la insinuación de un personaje, ni tan pequeña como Juan para merecer el regazo de María ni tan grande

⁶ “En el período federal, el Cauca abarcaba prácticamente la mitad del territorio nacional y sus límites iban desde el golfo de Urabá (actual departamento del Chocó), hasta el río Amazonas”. Tirado Mejía, Álvaro, “El Estado y la Política en el Siglo XIX”, en: *Manual de Historia de Colombia*, tomo II, Bogotá: Círculo de Lectores, 1983, p. 371.

para compartir los oficios de las mayores. Su inclusión en el mundo sucederá junto con la muerte de la protagonista. Un poco más dibujada aparece Emma, aunque las tenues líneas que la perfilan son en su mayoría externas, vislumbramos algunos rasgos de su carácter y conocemos una que otra de sus ocupaciones. La madre es la pintura más acabada de las tres, alcanza los colores de un símbolo sin renunciar del todo a los matices de la realidad. Con ella iniciaré mi análisis. El advenimiento de los tiempos modernos está ligado a la Reforma, el protestantismo cuestionó el dogma católico y sobre todo el modo en que se vivía la religión. Sabido es el rechazo que profesó por la vida monástica y por el privilegio de la virginidad sobre el matrimonio, en cambio proponía como ejemplo, la figura de la familia patriarcal del Antiguo Testamento. En los países europeos que acogieron la religión protestante, se erigió un verdadero culto al hogar. Esta actitud tuvo su correlato en el mundo católico que no fue otro que la exaltación de la Sagrada Familia. Así, la mujer pasó de ser la Eva de la desobediencia y el pecado a ser la madre virginal. Los nuevos teólogos encontraron en San Pablo, el toque de gracia para la nueva creación, las sagradas virtudes femeninas, según el apóstol, debían ser: el silencio, la sumisión y el servicio. En el siglo de la Revolución Industrial, esta imagen se afianzó como estrategia de dominación, la "imagen romántica" de mujer, el "ideal victoriano de feminidad" ofrecía argumentos para aplacar la rebelión de las mujeres que se unían en la proclamación de sus derechos. Desde Europa hasta América Latina podemos rastrear en periódicos, revistas, obras de ficción, etc., las mismas razones contra la instrucción femenina y contra las sufragistas: la pureza y la fragilidad de la mujer hacían que debiera resguardarse en el santuario de su hogar para no exponerse al sórdido mundo. El bello sexo reinaba dentro de las cuatro paredes de su casa, salir era convertirse en una "mujer caída."⁷

No cabe duda de que la madre sin nombre de Efraín, ha sido construida con base en este ideal femenino pero eso no quiere decir que el rol que desempeña en la novela, no tenga elementos de correspondencia con el rol que en la vida real una madre de su mismas condiciones de etnia y clase estaba destinada a cumplir, ni tampoco que las mujeres que

⁷ Véase: Gómez, María Griselda, "Representaciones y discursos acerca de la inferioridad y peligrosidad de lo femenino. Europa siglos XVI- XIX", en: *Discurso Género y Mujer*, Cali: Universidad del Valle, 1994.

intentaron ceñirse el corsé del ideal romántico no cumplieron ninguna función en la sociedad; todo lo contrario, eran ellas las llamadas a conservar el orden de la sagrada unidad familiar.

Nuestro país, luego de la Independencia tardó mucho para adquirir la fisonomía de República, vivió nueve guerras civiles, dos internacionales y varias revueltas regionales en el mismo siglo. Es fácil suponer que la cotidianidad estuvo marcada por la violencia. Tras la guerra quedaban los muertos, tras los muertos sobreveníó el luto y la viudez. Así, muchas mujeres se convirtieron en cabezas de familia y debieron asumir el manejo de la hacienda. Pero, incluso, aunque no sufrieran la pérdida de su esposo, tenían que vérselas con los largos períodos de ausencia, producto de la participación de ellos en las escaramuzas, por lo cual terminaban involucradas en asuntos masculinos como la economía. De esto nada nos dice la novela, todas las familias que presenta cuentan con el padre. La madre de Efraín no tiene que responder por el sustento, otras son sus preocupaciones y deberes.

La oración, la costura, la disposición del protocolo familiar,⁸ la consejería son varias de las tareas en que aparece nuestra señora. Si revisamos las áreas de conocimiento que desde la época de Santander eran promovidas para las mujeres, encontraremos que junto a la alfabetización -leer, escribir y contar-, ocupaban lugares principales el bordado, las manualidades y la doctrina católica. La instrucción femenina, que cobra mayor fuerza a partir de la segunda mitad del siglo, era concebida en términos de "ser para otro", educar a la mujer, claro está, sin perder de vista que dada su condición femenil no estaba en capacidad de los altos saberes, era importante para hacer de ella una mejor madre y esposa. La relación mujer/religión se hacía definitiva por cuánto la madre de familia era la llamada a mantener los valores morales de la sociedad. Personajes como Eustaquio Palacios, por ejemplo, recuerdan que en los labios de su madre escucharon las primeras enseñanzas católicas...⁹

⁸ Recuérdese el llamado de atención que la madre hace a Efraín para que en ausencia del padre, él encabece la mesa. Cap. XXXIX, p. 201.

⁹ Cf. Valencia Llano, Alonso, *Mujeres caucanas y sociedad republicana*, Cali: Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, p. 71.

Entre los atributos que el narrador recrea en su progenitora, brillan la ternura, la prudencia, y la laboriosidad. Si bien, Efraín nunca menciona esta cualidad final, su relato sí la revela, la madre siempre está ocupada, cuando no en su labor de consejera entonces en los oficios de costura o en la oración. El ocio no era vicio que pudiera tolerarse en una mujer. A la madre de una familia acomodada, no le correspondía cocinar ni limpiar porque contaba con personal de servicio a su mando: su trabajo consistía en despachar los quehaceres y supervisar que se hicieran con diligencia. Si esta jefatura dejaba tiempo libre, el ama de casa debía emplearlo en hacer obras de bien. El bordado de manteles, carpetas, colchas, etc. era una de las actividades más habituales y más características de las señoras, al punto que algún profesor destacado de la región, escribía a de fines de siglo que, mientras para los hombres se había hecho la espada y la pluma, para las mujeres existía la aguja.¹⁰

Sabemos por el compadre Custodio que en la Casa de la Sierra, las mujeres cosen fino, labor que, encabezada por la madre, fue transmitida a las muchachas. Ellas no tienen como las mestizas de la familia del campesino, la necesidad de vender su trabajo, pero gracias a su dedicación, han adquirido una destreza digna de reconocimiento. La madre, no sólo debe coser sino también instruir a sus hijas en este arte, así como en la doctrina sagrada. La instrucción de las jóvenes pasa por ella, es ella quien les enseña los trabajos de aguja y dedal, además de iniciarlas en la fe católica y de supervisar su proceso de alfabetización.¹¹ La suya es una función civilizadora, que se entiende mucho más a la luz de las ideas liberales de la segunda mitad de siglo.

La madre en María cumple cabalmente el rol que la sociedad le ha asignado. Sus esfuerzos van desde dirigir los asuntos domésticos hasta velar por la armonía de su familia. Sabemos, por algunos indicios, que en la intimidad de la pareja, ella y el padre discuten el futuro de sus hijos e incluso que dialogan sobre negocios, pero en la comunicación familiar, cuando el padre habla, ella calla y asiente, y cuando de nuevo está en una relación íntima con su hijo o con María, cuida que el mensaje del

¹⁰ Ver cita de Restrepo Mejía, Luis, "Poesías y escritos literarios", en: Valencia Llano, *op.cit.*, p.190.

¹¹ La madre es quien pide a Efraín que imparta lecciones de geografía y gramática a las muchachas. Ver: p. 12.

padre haya sido comprendido y que su orden sea ejecutada correctamente. En medio de esta labor, sorprende ver como accede a la petición de Efraín de revelarle a María el secreto que el padre ha impuesto, claro que el autor cuida de justificar muy bien la acción con la necesidad de proteger a la protagonista dada su frágil salud. Esta mamá reconviene a su hijo cuántas veces lo juzga necesario para recordarle la compostura que debe guardar y la fortaleza que como hombre está obligado a tener. Ella es una mediadora, no es su función negociar los designios paternos pero sí suavizar los términos y hacer que la palabra del padre resuene cargada de sabiduría y de amor.

Tres momentos espejean en su tarea mediadora. El primero ocurre en el capítulo XVII, cuando obliga a Efraín a salir del comportamiento huraño que ha adoptado luego de conocer la fatal enfermedad de María y de que el padre fije la triple condición para consentir el matrimonio de su hijo con la mujer que ama -uno, que Efraín viaje a Inglaterra a culminar sus estudios; dos, que María recupere por completo la salud¹² y tres, que entibie su trato hacia ella para prevenir que la emoción pueda afectarla-. Además, como si todo esto fuera poco, el demonio de los celos ha quedado sembrado al mismo tiempo, al ser informado por su padre de que Carlos, su amigo y compañero de estudios, desea también casarse con María. Víctima del desasosiego, Efraín ha optado por el aislamiento. Es entonces cuando la madre irrumpe en la habitación de su hijo para reclamarle una actitud que no sólo afecta a la mujer amada sino que además los entristece a todos. Esta interpelación tiene varios objetivos: hacerle comprender lo reprobable e injusto de su conducta y llamarlo al orden para que se ubique en la medida de lo convenido con el padre, ni más ni menos; ponerlo en conocimiento de la buena noticia que el doctor Mayn ha dado sobre la salud de María; anunciarle la proximidad de la visita de Carlos en calidad de pretendiente y recordarle que debe portarse a la altura de las circunstancias. Esta última recomendación será reforzada al día siguiente, cuando al llegar de la cacería del tigre, ella esté esperándolo para avisarle que la visita se encuentra en casa y que debe actuar en consecuencia con lo pactado. La insistencia en la corrección del

¹² Condición que, de acuerdo al diagnóstico médico que el mismo acaba de comunicarle a Efraín, constituye simplemente un eufemismo para expresar su rotunda negativa respecto de esa unión.

comportamiento con los huéspedes, enfatiza la función de la madre como cuidadora del buen nombre de la familia, un nombre que sirve para mantener el nivel socioeconómico, puesto que los negocios están ligados a las relaciones sociales que se manejan.

Un segundo momento es cuando cumple la misión que su esposo le ha encomendado de explicarle a María las intenciones del amigo de Efraín. Antes de hacerlo, la madre busca a su hijo para acordar el modo en que debe realizarse el encargo, es éste el episodio citado en que el hijo la convence de exponerle junto con las pretensiones de Carlos, el secreto que el padre había impuesto. Esta misión muestra a la madre que media entre su esposo, su hijo y su hijastra. Los tres hilos familiares son tensados y aflojados hábilmente, de modo que una situación tan delicada logra sobrellevarse sin romper la armonía. La concesión de la madre, tiene entre otras, la función de resaltar la bondad no sólo del hijo sino también del padre. Por otra parte, poner en antecedentes a María de la declaración de la que va a ser objeto ese mismo día, sirve para instruirla en los modales que debe manejar con alguien tan distinguido como Carlos, quien no sólo es cercano a Efraín sino que además es hijo de una familia amiga, que ocupa una posición notable en la región.

El tercer momento ocurre después de la carta que escribe Efraín, tras el dictado de su padre, en la que sella el compromiso del viaje con el señor A***. Ante la inminencia de la partida y ante la prontitud con la que habrá de efectuarse, Efraín vuelve a flaquear en su fortaleza y se encierra en su cuarto. Pero su mamá no permitirá esta recaída. Primero, porque ella misma quiere gozar de los últimos días en compañía del hijo; segundo, porque como cuidadora del orden familiar, debe llamarlo al cumplimiento de su rol, él es el otro hombre de la casa y como tal debe ser fuerte porque son los señores quienes deben servirles de apoyo a las débiles mujeres; y tercero, porque debe suavizar ante sus ojos, la determinación del padre para que sea acogida con amor. Y esto último puede notarse cuando Efraín cuenta que ella procuró hacerle ver las ventajas de su partida, también queda expuesto en la pequeña insinuación de que el padre seguramente va hacer algo que habrá servirle de consuelo.

Una línea en la novela merece, a mi juicio, especial atención. Se trata de las palabras dichas por el padre después de recibir la terrible carta

que anuncia la quiebra: "-¡Ese hombre me ha muerto!, lee esa carta: al cabo sucedió lo que tu madre temía" (p.158).

En este instante de abatimiento, el padre recuerda el temor de su esposa, que ahora queda justificado con la noticia. Es decir, que marido y mujer en sus conversaciones íntimas no sólo tratan de los hijos sino, además, de asuntos financieros, y también que ella, la esposa, ha tenido, por lo menos en este caso, un juicio atinado. Que Jorge Isaacs se permita dejar caer esa frase en la novela, revela que el autor conoce que aunque los mundos del hombre y de la mujer tienen fronteras muy definidas en el imaginario de la época, en la vida práctica existen formas a veces sutiles, otras no tanto, de transgredir tales líneas divisorias. La madre ha opinado, el esposo no ha tomado en cuenta sus temores y finalmente, debe sufrir las consecuencias: ella tenía razón. En este sencillo razonamiento deductivo, que describe una situación tan frecuente como no dar crédito al juicio de alguien, quien al final resulta ser el poseedor de la verdad, se encierra una propuesta subversiva. Lo novedoso no es que el padre en la intimidad comente con su esposa una operación financiera sino que ella, una mujer, alguien no capacitado por naturaleza para estos menesteres, sea la que acierte. Lo que queda en entredicho es el pensamiento esencialista del siglo XIX. Como señalé unas líneas antes, en un período tan convulso de la historia, muchas mujeres debieron buscar las maneras de proteger sus bienes y de conseguir el sustento. Las de las clases populares descollaron, entre otras actividades, atendiendo las pulperías, negocio en el que demostraron ser más eficientes que los hombres; la vida cotidiana exigía a las mujeres unas funciones más allá de lo que el imaginario estaba dispuesto a admitir. Aunque la madre de Efraín no esté llamada a realizar transacciones comerciales, a partir de las palabras del padre queda planteado que tal vez sí tiene las capacidades para hacerlo.

Las dos hijas, Emma y Eloísa, deben seguir análogo camino al de su madre, la única opción decente para ellas, descontando la vida monástica, es el matrimonio. Sin embargo, la historia de Efraín no deja espacio para los inicios amorios de su hermana Emma. La única referencia al asunto la hace Carlos, cuando dice: "Antes de que vinieras, vi dos o tres veces a la señorita María y a tu hermana, ya de visita en

casa, ya aquí. Hace un mes que me habló mi padre del placer que le daría yo tomando por esposa a una de las dos" (p.136).

Ignoramos cuántos años tiene esta hermana pero, por la cita anterior, es posible deducir que se trata de una muchacha casadera. Emma, como todos los demás personajes, es narrada por Efraín desde la perspectiva de sus propios intereses y apenas si logramos, en unos pocos diálogos, escuchar su voz. Aún así, es posible advertir ciertos rasgos particulares.

Para empezar, hay que destacar que aunque ella y María guarden algunas semejanzas, existen entre ambas diferencias notorias. Emma ocupa una posición más importante que la de aquélla en la estructura familiar. No otra razón es la que justifica que, mientras María espera su turno para despedirse del primo, las hermanas sigan a la madre en los besos de adiós sobre las mejillas del pequeño viajero; ni que la responsabilidad de las distintas ocupaciones recaiga casi siempre en María, mientras que Emma parece sólo acompañarla o, a lo sumo, ayudarla.

La hermana de Efraín es la señorita de la Casa de la Sierra. Como tal, recibe la educación adecuada. A diferencia de María, ella domina un instrumento musical y es capaz de adaptarle melodía a ciertos versos; preparada, como ésta, en la oración, en la obediencia y el recato, tiene, no obstante, intereses por enterarse de lo que ocurre del otro lado del mundo rural. La vida social, la que se desenvuelve en los salones de baile capitalinos, la de los vestidos a la moda, la deslumbra, por eso no para de hacerle preguntas al recién llegado. Al mismo tiempo, en Emma se percibe mayor soltura en el trato con los demás. Por ejemplo, en la visita de Carlos, es capaz de sostener con él una breve conversación sin que, para nada, el narrador mencione que no levanta la mirada del suelo, ni que se encuentra contrariada, como sí ocurre con casi todas las demás mujeres de la novela cuando se relacionan con alguien del otro sexo y, mucho más, cuando aquél ostenta una alta posición socioeconómica. Llama la atención que la timidez, tan subrayada en las otras, no sea referida jamás en el caso de la mayor de las hermanas de Efraín. La explicación puede estar en que son muy pocas las oportunidades en las que se la muestra interactuando con personajes distintos a su hermano y a su prima. Pero el diálogo mencionado y el detalle de estar presta a cantar para la visita,

hace pensar que la sumisión de Emma es menor que la de las otras y que esto se debe a que es menos cerrera¹³ que ellas, en otras palabras, más civilizada, cuestión que directamente tiene que ver con su clase social. Ella es consciente de que pertenece al mismo nivel que el hijo de los señores M***.

Varios trabajos de análisis sobre María, señalan la diferencia entre la formación que recibe Efraín y la que les corresponde a las mujeres de su casa; asimismo, advierten la diferencia de los campos de acción que la historia ofrece de acuerdo al género de los personajes. A propósito, me permito citar las palabras de la docente chilena María Teresa Aedo:

...las muchachas incluso deben estudiar en el hogar, transformando el comedor en sala de estudio y, claro está, bajo el magisterio del varón. En cambio, el mundo todo está disponible para los varones, hacia él salen para descubrir, conquistar, estudiar, cazar, y en él se mueven libremente para realizar diversos trabajos productivos.¹⁴

En la época en la que Isaacs escribe su novela, existen algunos centros educativos destinados a las señoritas de la elite, como es el caso del convento de la Encarnación, en Popayán, o de algunos otros, dirigidos y auspiciados por damas distinguidas, especialmente después de la Guerra del 60. Desde tiempo atrás, se venía controvirtiendo sobre la conveniencia de la educación femenina. El periódico *El Día*,¹⁵ en 1845, dice: No queremos una mujer varonil y sin femeniles encantos, una compañera parlanchina y sabionda...¹⁶

En esta polémica, no faltarán, frente a quienes estigmatizan con la designación de bachilleras a las alumnas de los diferentes planteles y las acusan de leer novelas perniciosas, otros que cuestionarán la subordinación femenina. ¿Por cuál bando aboga la novela de Isaacs? Parece obvio responder que el autor presenta un universo aún muy próximo a la vida

¹³ Hago uso de este término, por ser el que emplea Edmigio en el capítulo XIX de la novela, para referirse a la timidez de sus hermanas.

¹⁴ Aedo, María Teresa, *María o la muerte de lo femenino-materno*, ensayo en página web: www.2.udec/literae/ant/litte05/art1.htm.

¹⁵ Precisamente el único periódico que es leído en la novela.

¹⁶ Ver: Londoño, Patricia, *Las Colombianas durante el Siglo XIX*, ensayo en página web: www.banrep.gov.co

colonial y que ni siquiera se plantea el conflicto. Pero, si así fuera, no existiría la alusión de Carlos a Hortensia, su fastidiosa prima bachillera. La palabra bachillera se encuentra en algunos textos desde el Siglo de Oro Español -La Dama Boba, entre otros-, con el propósito de significar la deformidad que en la mujer representa el conocimiento. Hortensia, aunque apenas es mencionada, encarna otra posibilidad de realización femenina. Si Emma y María se mantienen conformes en una semi-ignorancia, ella en cambio tiene sed de saber. Con todo y su desprecio, Carlos admite que los estudios de la prima son serios y que están por encima de sus propios intereses. Es asombrosa la forma como el autor trata el asunto: en un episodio en que nos ofrece la superioridad intelectual de Efraín frente a su rival, ubica la mención de la prima; ella, en esta parte, se convierte casi en un espejo del protagonista, tiene gustos literarios cercanos a los de él y posee similar pasión por el estudio. Ciertamente que Carlos la nombra bachillera, pero es él, y no ella, quien queda disminuido en este pasaje. Puede advertirse que las ideas del hijo de don Chomo, no son las mismas de Efraín respecto de muchas cosas y la educación del bello sexo, tal vez sea una de tantas. Sin embargo, la novela no promueve demasiado el conocimiento académico de las mujeres, se diría que es más importante que sean educadas y no tanto instruidas. A pesar de contar en la región con centros educativos para señoritas, las jóvenes de la Casa de la Sierra se preparan para su destino de esposas y madres, sin cruzar el umbral. Hortensia es apenas una insinuación de lo que podría ser el otro lado del debate, incluirla es hacerlo presente, aunque de forma velada.

En acuerdo con lo anterior y siguiendo con el personaje de Emma, diré que se trata de una joven de noble familia, entrenada en los modos y las formas propios de la sociedad a la cual pertenece, dueña de los conocimientos necesarios para convertirse en ama de su propio hogar, esto último puede deducirse al rastrear sus actividades a lo largo de la novela: ella colabora en la preparación de los dulces para agasajar a los señores M***, pasa varias horas en labores de bordado, participa en la elección y distribución del equipaje de su padre y de su hermano, también ayuda a cuidar al papá, a María y a Efraín, cuando caen enfermos. Con María va casi siempre a recoger las flores para la Virgen y para el cuarto

del hermano y la acompaña con frecuencia al oratorio. Alguna vez atiende sola la huerta y, según parece, ha desempeñado el oficio de peluquera con su padre, porque éste la llama para que le recorte el cabello y sólo, al no encontrarla, recurre a su sobrina. No obstante, pese a los distintos quehaceres en la que es descrita, la función principal que desempeña en la historia, es la de cómplice del amor entre los protagonistas: "En ocasiones, quehaceres domésticos llamaban la atención a mis discípulas, y mi hermana tomaba siempre a su cargo ir a desempeñarlos para volver un rato después a reunírsenos" (p.38).

La hermana tiene vida gracias a la pareja central. Su voz interior no encuentra espacio dentro del relato, por eso es tan poco lo que puede decirse en torno a ella. Me atrevo apenas a intuir, por algunos detalles que ya he indicado, que este personaje se encuentra a medio sendero entre el mundo rural y el ciudadano, al cual la fatalidad familiar terminará por conducirla. Pienso en los hombres que incluye el narrador en su relato, y creo que el único que quizás hubiera podido hacer pareja con ella, sería Carlos, aunque no es seguro. Este amigo es poco constante en cuestiones de amor y Emma ha dado muestras de ser menos tolerante que María. Recuérdense como ejemplo, los reclamos que, en tono burlón, hace a Efraín por su volubilidad y su ingratitud y, sobre todo, aquello de que si estuviera en el lugar de su prima, no recompensaría tantos días de indiferencia, con rosas. La joven celestina, quizás hallará el amor en Cali, lejos de las haciendas paternas.

En este punto de mi análisis, me pregunto por la función social que les correspondía a las hijas jóvenes de las familias notables del Cauca. Los textos que he consultado, las muestran menos pasivas de lo que se ve Emma, en la obra de Isaacs. Algunas de las caucanas participaron en política, como la hija del general Mosquera, quien ejerció labores de espionaje, otras, por su parte, al venirse a menos sus fortunas, debieron involucrarse en la administración del hogar y la mayoría, a través de sus enlaces matrimoniales, contribuyeron a preservar e incluso a elevar la posición de la familia. Pero, por supuesto, la suerte de todas no fue la misma. Además, Emma es aún muy joven y la historia de Efraín no relata el tiempo después de la salida de la hacienda. Con todo y esto, sí creo que la ficción alcanza a sugerir su rol social. Ella es el continuum de

la madre, ser hija es tener la responsabilidad de ayudar a su progenitora en sus funciones y de aprenderlas para cuando sea su turno. Así vemos que, aunque es cómplice del romance de los protagonistas, también constituye un obstáculo, a la vez que su presencia permite que los amantes se encuentren, impide su intimidad, y cuando le parece que se exceden, hace sentir su desacuerdo, como en la escena en la que los amenaza con regresar sola. No por nada, María teme constantemente los celos que puede despertar en la madre y en la hermana.

En cuanto a Eloísa, he anotado arriba, que su presencia en la novela es muy difusa. Al inicio, cuando Efraín dice que encuentra hechas mujeres a sus hermanas, parece incluirla en el plural, pero no tardamos en darnos cuenta que en realidad pertenece al grupo de los niños y que, por lo tanto, no participa en las actividades de las jóvenes. Lo único que quisiera enfatizar respecto de ella, es que la inclusión en la dinámica propia de su sexo, ocurre luego de la muerte de María. Al salir la prima del grupo femenino, ingresa Eloísa, quien por lo que puede juzgarse, ya tiene edad para participar junto a Emma y a su madre del cuidado de los enfermos y, seguramente, de los otros quehaceres que ellas desempeñan.

Blanca, huérfana, extranjera: María

Encontrar información precisa sobre la forma de vida que tenían las mujeres que, en el siglo XIX, compartieron con María las mismas condiciones sociales, constituye un esfuerzo que sobrepasa los límites del presente trabajo. Para pensar este personaje en términos históricos, me propongo, entonces, una operación no opuesta, pero sí algo distinta de la que he realizado hasta ahora. Pretendo que María sea quien me de luz sobre el lugar que ocuparon las huérfanas, blancas, extranjeras en la sociedad de la época.

Los cuentos infantiles han sido pródigos en recrear la imagen de las pequeñas expósitas y aunque sabemos que son ficciones literarias, no dejamos de concederle cierto valor de verdad al símbolo que representan, porque, aún sin ser avisados en las teorías que descubren la mundaneidad de los textos, advertimos que las ficciones reflejan realidades. Pero, la dificultad estriba en que un reflejo siempre es una imagen distorsionada, la tarea es recomponer sus contornos hasta donde sea posible. María

guarda mucho de la representación de las huérfanas de las historias para niños, el símbolo de la orfandad como marca de humillación y sufrimiento, continua en la novela del escritor colombiano, porque sin duda hay una verdad que trasciende los límites genéricos.

La hija de Sara y Salomón es bien recibida en su hogar sustituto, ha sido amada por sus verdaderos padres y lo será también en la nueva familia. Sin embargo, este amor no significa igualdad. En la primera página de la novela, el autor nos presenta a María esperando humildemente su turno para despedirse de Efraín niño; el turno que le corresponde es después de las hermanas. Desde ya, queda fijado un lugar subalterno dentro de la estructura familiar.

Efraín dice que si algún extraño tuviera que reconocer a la huérfana, no podría hacerlo porque no existen diferencias entre el trato que sus padres le brindan a ella y el que dan a sus verdaderas hijas, pero no es cierto, las ocupaciones que debe realizar, así lo indican. María prepara y sirve el café a Efraín, también sirve el té para su tío; tiene a su cargo el cuidado de Juan, el menor de los hermanos; dispone el baño no sólo para el hombre que ama sino también para los niños y, quizás, para los demás: recordemos que en alguna ocasión, creyendo indispuerta a la madre, le dice que si hubiera tomado el baño se sentiría mejor. María cuida el jardín, cambia las flores del oratorio y de la alcoba de su primo, borda y debe cumplir con la entrega de su labor, sabe cocinar, oficio que no es propio de las señoritas de clase alta, porque para eso hay personal de servicio. En general, vemos que la protagonista está más cercana del mundo de los criados que las demás mujeres de la casa, Estefana casi siempre que aparece lo hace junto a la señorita María, y si no fuera porque tantas veces se encuentra de ese lado de la escena, no se habría enterado de las camisas devueltas por Efraín, que fueron la causa de que aprendiera a planchar. No podría decirse que la novia del protagonista es una copia fiel de la Cenicienta, la madrastra no es un ser cruel, ni las hermanastras son seres horribles, corroídas por la envidia, pero aunque lejana, en su acentuada laboriosidad, hay un aire que nos la recuerda.

La historia del personaje femenino principal de la obra de Isaacs, no sólo remite a otras construcciones literarias, son varios los casos reales que, aún hoy, encuentro semejantes pero, por sobre todos, viene a mi

memoria el de la prima de mi abuela: Herminia nació en la segunda década del siglo XX, era hija natural, se crió en el hogar de mis bisabuelos, quienes la trataron siempre con mucho cariño. Apenas mayor unos cuántos años que mi abuela, se encargó de cuidarla y a sus dos hermanos, después, a los nietos; también cumplió labores de enfermera con sus benefactores, cuando estos se vieron postrados. Nunca se casó, a pesar de que fue una mujer muy bella, a quien no le faltaron pretendientes. Vivió consagrada a la oración y al servicio a los demás. Era excelente cocinera, en el tejido y el bordado no había quién la igualara, se encargaba del jardín, enseñaba a los niños a rezar pero también les alimentaba la imaginación con su interminable colección de historias. Mi madre dice que nunca ha vuelto escuchar a nadie que sepa contar como lo hacía ella. A riesgo de extenderme más de lo apropiado, quiero referir que una de las historias que contó a los hijos de sus tíos fue "la María", pero con algunas variaciones: en tela elaboró los muñecos que hicieron las veces de personajes y dilató por días el relato. Cuando llegó el final, presentó a Efraín y a su amada, vestidos de novios y horneó un pastel diminuto que repartió entre su público para celebrar la boda de los protagonistas. Al cambiarle el destino a María, creo que de algún modo jugaba a torcer las líneas del propio; nunca he visto en otro rostro una tristeza más profunda que la de esta mujer, porque aunque querida y respetada por sus parientes, fue siempre infeliz. La prima de mi abuela que murió cuando yo era todavía niña, tuvo, en medio de una familia acomodada del Valle del Cauca, la vida de una huérfana y sus semejanzas con la mártir de la novela, me parecen una prueba de que el personaje literario guarda relación con la suerte que, en el mundo real, corrían las muchachas que se hallaban en condiciones similares.

Doris Sommer en su ensayo *El mal de María: (Con) fusión en un romance nacional*, subraya el origen judaico de la protagonista de nuestra novela y, al igual que Lynette Seator, hace notar que la enfermedad es un legado de la madre judía, un estigma que cae sobre ella por su raza y por su religión. En María se combina la sensualidad y la astucia de la Ester del Antiguo Testamento con la humildad y el recato de la virgen cristiana. El agua de su bautismo no logra limpiarlo todo. Su condición marginal suma varios aspectos. Además de ser mujer en una sociedad patriarcal,

es extranjera, claro que las crónicas de los viajeros ingleses y franceses que visitaron nuestro país en el siglo XIX, muestran que su origen foráneo, al contrario de ser una marca negativa, era motivo de acogida entre los nativos granadinos, pero la diferencia está representada en que la extranjera de la protagonista la señala como hija de una raza sin tierra que, además, no reconoce a Cristo como Dios. Mujer, extranjera, conversa y huérfana, son tantas las marcas que lleva consigo, que resulta fácil adivinar su hado trágico; sin embargo, María no representa la imagen de una víctima que marcha sumisa hacia el matadero, en ella hay claros signos de rebeldía y su muerte, aunque parezca contradictorio, quizás sea el más fuerte.

Lo que acabo de plantear requiere sustentación. Intentaré exponerla. La otra cara de María, la rebelde y la astuta, la que quizás está más cercana a la Ester que hay en su sangre, se deja sentir, por ejemplo, en la repuesta que da a la madre cuando se entera de las intenciones de la visita de Carlos:

...Pues yo digo, agregó con voz enérgica a pesar de sus sollozos, digo que antes que consentir en eso me moriré. ¡Ah!, ¿ese señor no sabe que yo tengo la misma enfermedad que mató a mi madre, siendo todavía ella muy joven?... ¡Ay!, ¿qué haré yo ahora sin ella? (p.118).

El diálogo que María sostiene con la madre muestra a una mujer distinta de la que las lecturas tradicionales han encontrado, pero hay otras propuestas de interpretación que apuntan a develar las tensiones entre el ideal femenino y la mujer que es María; una de ellas, es la que investigadora Carmiña Navia hace en su libro *La mujer en la narrativa colombiana*, en el cual llama atrevida a la protagonista de Isaacs. Mi mirada sobre este personaje no sólo la encuentra atrevida sino también manipuladora. Vamos por partes, al escuchar la propuesta matrimonial dice que primero se muere antes que aceptar, amenaza con su vida, se muestra como un ser autónomo que puede tomar la decisión de dejar de respirar. Su amenaza, además, pone de relieve su estado de salud, utiliza la enfermedad para impresionar a la madre y para que así, no se le ocurra ni a ella ni a nadie insistir, pero no satisfecha, invoca la memoria de su propia madre, con lo que de paso le recuerda a esta señora que por

más que las apariencias lo indiquen, ella no ocupa el lugar de su progenitora. Pero lo más sorprendente, es que unas líneas después, en el mismo diálogo, cuando la mamá le explica que su hijo se ha portado indiferente a causa de una orden del padre que tenía por objeto protegerla de una recaída, contesta: "-¿Precauciones?... ¿No estoy buena ya?, ¿no creen que no volveré a sufrir de nada? ¿Cómo puede Efraín ser causa de mi mal?" (p.120).

Resulta obvio el giro que da a la cuestión, tratándose de Carlos, está gravemente enferma y a punto de morir, siendo Efraín el novio, entonces recuerda que el doctor Mayn ha dicho que ella ya está bien y que las crisis que ha tenido no tienen que ver con la enfermedad de su madre. María ha sido educada en la obediencia pero eso no quiere decir que todo lo acate sin chistar, si su rebeldía no encuentra ninguna forma de transformar las circunstancias, queda al menos la muerte.

Como el episodio señalado, hay otros que también dejan percibir el lado oscuro de esta virgen, qué más que ser capaz de ver en el revés económico que lleva al padre al borde de la muerte, la posibilidad de realización de su amor y atreverse, además, a preparar a Efraín sobre la manera como debe disuadir al padre del proyecto de enviarlo a Londres. Este es el momento de la historia en el que más claramente María se revela como Ester: su estrategia hace recordar los banquetes que la heroína judía ofreció al rey Asuero y al enemigo Amán para salvar a su pueblo. Un nuevo brote de rebeldía estalla en las cartas que ya agonizante, le escribe a su amado, en ellas culpabiliza de su muerte a quién los separó y esa persona no tiene un sólo rostro, el dedo señala directamente al padre pero, tras él, está la madre y también Efraín. María se muere porque padece una enfermedad que no le deja opción de vida pero esa enfermedad se agudiza porque el consentimiento del padre tiene condiciones, porque cinco años es una estrategia para alejar a los primos enamorados, porque: "...se ve aprisionada entre sus propios deseos, sus propias ansias y posibilidades... y las exigencias, imposiciones y condiciones del medio en que vive" (Navia, 1992: p.26).

Como María, las huérfanas del siglo XIX debieron encontrarse contra la espada y la pared y, si no tuvieron una muerte temprana, simbólicamente es muy probable que se hayan suicidado. Una novela que trata el tema

Cristina E. Valcke

de los expósitos en la región del Cauca, es *Misterios de la vida*, escrita dos décadas después de la obra cumbre de Isaacs, por la tulueña Mercedes Gómez Victoria. La menciono, especialmente, porque su autora hace énfasis en que los hechos relatados son verídicos, y dice que ella misma ha sido protagonista de algunos, así que su ficción tiene, a propósito, carácter testimonial. Las dos huérfanas que nos presenta en su relato, viven destinos trágicos; una muere joven, como María, la otra se autoaniquila en la fidelidad de un matrimonio que le es odioso. La primera se cría en un hogar de clase alta, sus padres y hermanos sustitutos no sólo la aceptan sino que también la aman, la segunda pasa de un hogar a otro y experimenta los rigores de la pobreza, pero ninguna logra zafarse de la marca del sufrimiento que significa no contar con la protección de sus verdaderos padres. Apoyada en la narración de Gómez Victoria, en el ejemplo familiar que cité arriba, pero sobre todo en las señales de tensión que presenta María, afirmo que existen suficientes indicios que revelan que Jorge Isaacs al configurar a la protagonista, recogió muchos elementos de la realidad social que afrontaban las huérfanas de su época y que, por lo tanto, ella no es el personaje borroso, lejano del mundo, que tantos han dicho.

Bibliografía

- Aedo, María Teresa, *María o la muerte de lo Femenino-Materno*, <http://www.2.udec.cl/~litterae>
- Betancourt, Gilma Alicia, "El maltrato a la esposa o el derecho a castigar", Palmira 1858-1875, en: *Discurso, género y mujer*, Cali: Universidad del Valle, 1994.
- , *Género y delito en Cali desde la Ventana de un juzgado parroquial 1850-1860*, Cali: Tesis de Maestría en Historia Andina, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 1999.
- Deas, Malcolm, *La política en la vida cotidiana en Colombia*, en: Castro, Beatriz (editora), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Bogotá: Norma, 1996.
- Gómez Victoria, Mercedes, *Misterios de la vida; novela histórica*. Bogotá: Imprenta de la Nación, 1889.
- Isaacs, Jorge, María, edición crítica de Donald McGrady, Bogotá: Rei Andes, 1989.
- , María, Edición crítica de María Teresa Cristina. Bogotá: Universidad del Valle y Universidad Externado de Colombia, 2005.
- Londoño, Patricia, *Educación de la mujer en la joven república*, www.banrep.gov.co
- , *Las colombianas durante el siglo XIX, derecho familiar, educación y participación política*, www.banrep.gov.co
- Martínez, Guillermo, *La poesía en el Valle del Cauca, 1954* (sin más datos bibliográficos).
- Melo, Jorge Orlando, "La evolución económica de Colombia 1830-1900", en: *Manual de Historia de Colombia, Tomo II*, Bogotá: Círculo de Lectores, 1983.
- Navia, Carmiña, *La mujer protagonista en la narrativa colombiana*, Bogotá: El Búho, 1992.
- Rodríguez, Pablo, "Mujer y vida familiar en la Nueva Granada", en: *Discurso, género y mujer*, Cali: Universidad del Valle, 1994.
- Seator, Lynette, "Un best seller colombiano", en: *Simbólica de la feminidad. La mujer en el imaginario mítico-religioso de las sociedades indias y mestizas*, compilación de Milagros Palma, Quito: Abya- Yala, 1993.
- Sommer, Doris, "El mal de María: (Con) fusión en un romance nacional", en: *Ficciones fundacionales*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica Colombia, 2004.
- Tirado Mejía, Álvaro, "El estado y la política en el siglo XIX", en: *Manual de historia de Colombia, Tomo II*, Bogotá: Círculo de Lectores, 1983.
- Valencia, Alonso, *Mujeres caucanas y sociedad republicana*, Cali: Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 2001.

Cristina E. Valcke

Cristina Eugenia Valcke Valbuena

Docente catedrática de la Universidad del Valle. Escritora. Actualmente, cursa la Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana en la Universidad del Valle.

Es miembro del grupo de Investigación Género, Literatura y Discurso de la misma Universidad. Ha publicado los ensayos *Mujeres al margen; Dolores, una metáfora de la escritora en el siglo XIX* y *Los Años Terribles o el despertar de la conciencia*. Su libro de poemas *Arrojada al laberinto* acaba de ser editado en la colección *Escala de Jacob* del Programa Editorial de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle.

Recibido en: 18/05/05

Aprobado en: 21/06/05